

## **La Reforma Agraria y la Alianza para el Progreso**

**Por Otto Morales Benítez**

Debemos darle gracias a la Alianza para el Progreso que tanto ha impulsado la agitación sobre el problema agrario americano. De otra manera se hubiera retardado el afrontar este interrogante, el más dramático en las condiciones de nuestro continente. Porque la tierra aquí está polarizada en su tenencia: o va hacia el latifundismo, que engendra miseria, falta de ocupación, mala utilización de la tierra, engorde del precio de las propiedades por un grupo, etc. O se orienta hacia el minifundio que consolida la pequeña propiedad, donde los cultivos son de consumo; donde sus dueños no pueden mejorar ni la vivienda, ni dar educación a sus hijos; ni alcanzan a entrar al mercado de sus países. Ello conduce a una paralización del desenvolvimiento de las otras fuentes de producción. Esa miseria que engendra el campo se refleja sobre los demás mecanismos sociales y económicos.

La Alianza para el Progreso tiende hacia objetivos donde los aspectos sociales son muy claros. No se deja el mejoramiento de las condiciones humanas solo a lo que venga como consecuencia del crecimiento industrial y del desenvolvimiento económico. Como lo dice el ex-presidente Lleras, este programa sorprendió a los países, porque inclusive llegaron a verse con una situación apremiante: solo querían medidas tibias, que calmaran resentimientos populares, sin entrar a resolver sus propios interrogantes. El mejoramiento social es algo que tenemos que vigilar en este instante. No aplazarlo para que sea consecuencia de un desarrollo indirecto. Y como éste operaría muy lento, y no llegaría a beneficiar a las clases desamparadas de esta generación, hay que operar con rapidez. Sin ninguna vacilación. Y esto es lo que preocupa a los defensores de la iniciativa privada; sostienen que deben dar —a pesar de que no se cuidan en decirlo— parte de sus ganancias para mejorar las condiciones de vida de los individuos de más bajos ingresos. El desarrollo, como está planteado por la Alianza, debe tener también un acento social. Esa es su gran importancia.

La Reforma Agraria en la Alianza aparece como uno de los capítulos primordiales. Mientras subsista una masa abandonada; con

contratos de trabajo aberrantes en cuanto a sus modalidades; sin ninguna protección para su salario, ni mejoramiento de sus condiciones de vivienda, de salud, de seguridad social, etc., estamos alimentando las posibilidades de grupos que estarían dispuestos a vincularse a cualquier aventura política. Los comunistas han estado ensayando levantar las masas campesinas en toda América, por razones que ellos no presentan, pero que son fácilmente identificables: los trabajadores urbanos han elevado su nivel de vida; los campesinos todos los días están más lejos de toda posibilidad de mejoramiento. El obrero medita entre sacrificar sus condiciones actuales o entrar a la aventura de una revolución: el campesino, en cambio, quizás pueda esperar todo de ésta. El elemento citadino tiene mejores informaciones sobre los hechos. Puede ser más controlado por la policía y el ejército. El hombre rural está en grandes extensiones donde no hay posible control y cuando entran en guerrillas dominan siempre a las fuerzas militares por el conocimiento que tienen de su territorio, etc.

La Alianza ha advertido la necesidad de una Reforma Agraria. La ha predicado y la ha sostenido insistentemente.

### **La tesis del desarrollo en los países subdesarrollados**

No puede lograrse, sin la Reforma Agraria, un mejoramiento en la productividad en la agricultura, porque los términos en que está planteado el problema de la tierra, no lo permite. Por eso la Alianza para el Progreso ha insistido en ello. Porque no es posible que las gentes aumenten la producción si no tienen tierras donde hacerlo; o no hacen inversiones que van a favorecer otros propietarios; o no tienen forma de obtener información porque carecen del alfabeto. Además, cuando no hay una política agraria activa de los estados, tampoco les llega a los campesinos el resultado de las investigaciones ni siquiera la posibilidad de aprovecharse de la extensión agrícola, que se suministra en forma muy precaria. Por ello hay que variar el régimen tenencial. Esta es otra de las razones que impulsan a esa modificación. Y es una manera de ir sacando a los países de un lento desenvolvimiento. Pero lo esencial es que éste no se acepta como un fin en sí, solamente, si no logra llevar mejoramiento social a los grupos rurales. La utilización de los recursos naturales se está haciendo hoy con gran desperdicio. Además, en muchas ocasiones, no hay ninguna política para conservarlos. Una reforma agraria planteada con técnica puede ayudar a buscar soluciones. A darle cauces en muchos de estos interrogantes. Con mayor razón en países donde el desarrollo es muy lento y, por lo tanto, las limitaciones son muy sensibles. Lo que se busca es que se desenvuelvan, a un ritmo más acelerado, las fuerzas internas de producción. En América Latina la importancia de la agricultura no la desconoce nadie. Por lo tanto, su influencia es decisiva en un proceso de verdadero impulso hacia el mejoramiento de la productividad y de los resultados de ella sobre su población. Parte de ésta, inclusive, puede ir a dar a las fábricas si se aumenta la demanda de productos transformados. Al descongestionarse el campo, puede la población que subsista en él vivir en mejores condiciones, adelantar sus labores con mayor efectividad, etc.

La mejor síntesis de este esfuerzo puede estar en las palabras de Tomás F. Carroll:

“Aquellos que se ocupan del desarrollo económico están cada vez más conscientes del papel clave que corresponde a la agricultura en el crecimiento económico de América Latina, y existe una tendencia a considerar más detenidamente el sistema de propiedad rural como un factor fundamental en el estancamiento del sector agrario. Lo que otorga particular atractivo al problema de la reforma agraria, sin embargo, es el aspecto relacionado con la redistribución del ingreso. La reforma agraria, si es llevada a la práctica con seriedad, implica un cambio del derecho de propiedad, de los ingresos y de las posiciones sociales. Por lo tanto, de alguna manera, toda reforma es revolucionaria”.

Hay que partir de la base de que el desarrollo económico no debe buscar solo cumplir su etapa en sí mismo y cerrarse allí. Al contrario, debe ser una oportunidad de elevar el nivel de vida de la población. Sus resultados sociales no pueden separarse. Lo otro sería un error tremendo. Apremiar esos resultados es difícil, pero nosotros nos acogemos a lo que busca un tipo de democracia que desea, por todos los medios, producir unos mejoramientos sociales. Esto, como lo de la posición ideológica, en las constituciones, determina toda una política. Pero lo que sí es esencial es este enunciado: la Alianza para el Progreso proclama que no puede estar desligado el desarrollo del bienestar social. En tal principio radica parte muy esencial de su importancia para nuestros países. Modificando la estructura de la tenencia de la tierra, puede acelerarse el desarrollo. Pero éste no debe favorecer solo a las clases sociales que hoy detentan la propiedad del suelo, sino que debe llegar, también, a los grupos humanos que hoy están ausentes de esa posibilidad por los medios normales. Solo una Reforma Agraria puede conducir a un cambio total.

Estas observaciones están sintetizadas acertadamente por Víctor L. Urquidí en su libro “Viabilidad Económica de América Latina”.

“Qué puede esperarse del plan de Alianza para el Progreso? Más importante que las cifras mismas dadas a conocer es el planteamiento hecho y el enfoque de la manera en que América Latina puede aprovechar el apoyo y la cooperación del exterior. El plan se asemeja al Plan Marshall en el sentido de que es la garantía de un acceso a fondos del exterior suficiente para asegurar que el esfuerzo interno que se emprenda no fracase. Como en el caso de Europa, el éxito del programa dependerá de lo que la misma América Latina haga. Si prevalece el escepticismo, si los gobiernos se empeñan en proclamar, como ya ocurre con algunos, que nada más les queda por hacer para ajustarse a las metas de la Alianza, si no se preparan planes económicos a largo plazo que constituyan verdaderos programas en lugar de listas de proyectos, y si no se corrigen deficiencias institucionales, políticas y sociales, que impiden o retrasan el desarrollo, no hay programa de cooperación internacional que pueda tener éxito. En tales condiciones si fracasa, el fracaso habrá sido latinoamericano. Si, en cambio, América Latina se embarca en esta nueva etapa de desarrollo y la cooperación externa resultara insuficiente, por pérdida de continuidad o por nuevo cambio en la orientación de la política norteamericana, se puede fra-

casar también, por factores ajenos a América Latina. El compromiso, para que se logren los objetivos, tiene que ser firme y duradero por ambas partes, y la situación deberá ser susceptible de examinarse periódicamente, como está previsto, para evitar el desánimo y cualquier error de orientación.

“Al ponerse al descubierto los problemas y las características del desarrollo económico de América Latina, no como caso abstracto sino encuadrados en la realidad del mundo contemporáneo se encontrará sin duda que los obstáculos que aun se oponen al desarrollo, pese a los adelantos de muchos países, son formidables, tanto en el terreno económico como en el social y el político. Pero se advertirán innumerables factores positivos y síntomas de que las dificultades son susceptibles de resolverse. Para esto es preciso reconocer y definir los problemas y acometer sus soluciones con decisión, pero con conciencia de la necesidad de crear un proceso social acumulativo que tenga solidez. En la actual etapa de desarrollo latinoamericano, muchas reformas sociales o institucionales tienen visos de haberse retrasado excesivamente; por otro lado, los problemas económicos requieren soluciones más técnicas, mejor planteadas y bien ejecutadas, y, sobre todo, integradas en planes de conjunto. Se está en la situación paradójica de temer adelantarse en una verdadera programación del desarrollo sin reconocer que cuanto más se aplace, más radical tendría que ser la programación posterior y, por lo tanto, menos aceptable para la tradición democrática de América Latina.

“Posiblemente, nunca como ahora haya contado América Latina con una coyuntura externa tan favorable para hacer de sus utopías una realidad —una realidad bastante imperfecta, pero varias veces mejor que la actual—. Es inútil pretender que se puedan resolver idealmente los problemas. El desarrollo, con o sin apoyo del exterior, es una tarea ardua y, por desgracia, de resultados no inmediatos. “El desarrollo —ha escrito recientemente Raúl Prebisch— tiene que ser obra de nosotros mismos, de nuestra determinación de introducir cambios fundamentales en la estructura económica y social... La política de cooperación internacional no puede inspirarse en el propósito de favorecer a grupos privilegiados en nuestros países, o de preservar el orden de cosas existentes, sino (en el) de colaborar con los países latinoamericanos para transformar el orden existente a fin de acelerar el desarrollo económico y asegurar una creciente participación de las masas populares en los frutos del desarrollo”. La Alianza para el Progreso está concebida en estos términos y significa, en realidad, el único camino que se le presenta a América Latina en un régimen de democracia, libertad y dignidad de la persona”.

### **La planificación democrática y las limitaciones en América Latina**

La tesis de la planificación, que ha venido predicando la Cepal, se ha impuesto como una modalidad a la cual deben vincularse los países americanos. La explicación es muy lógica: si queremos determinar nuestro futuro, es necesario saber qué tenemos y qué podemos lograr en un avance orgánico.

La primera gran dificultad con que contamos en los países de Indoamérica, es su falta de programas concretos. Nosotros operamos sin atender muchas veces a la realidad. Por ello los descabros continuos en muchas empresas. Hemos tenido la costumbre de hablar lenguajes que no se acomodan a nuestras posibilidades. Además, a nuestros gobiernos no les convence el tener que ceñirse a planes, que se desarrollan con lentitud, en lugar de prometer obras que le pueden dar prestigio y momentáneo resultado electoral a sus partidos. Y como hay impaciencia porque nuestros problemas son máximos y asfixiantes, andamos descabalados, lejos del método, tratando de solucionar, a brincos, todos los graves conflictos que se nos presentan.

La planificación ha tenido esencial importancia en los países socialistas. Por este motivo, los enemigos de buscar metas definitivas para el desarrollo consideraron innecesario someterse a ese régimen que motejan de "invento comunista", cuando la empresa privada podría solucionar todos los problemas. La realidad es que la planificación, también, es un método normal en toda democracia. En el Estado Comunista con plan o sin él, todas las labores deben someterse a aquél, se subordina a sus caprichos, a sus intereses. La democracia planifica porque debe ordenar sus preelaciones. Que es algo que no tenemos en los países de este Continente. Sabemos que hay grandes desequilibrios pero no conocemos la realidad exhaustiva de nuestros males ni el vigor que le debemos entregar a ciertos planes. Además, no tenemos convicción de cómo impulsarlos, en qué grado se deben combinar, de qué manera se programa la interrelación entre ellos.

La planificación no es un fantasma comunista. Los defensores de la empresa privada consideran que se les coarta iniciativa, que se les va a desviar de sus propósitos, que no van a poder cumplir sus programas trazados previamente. Eso no es cierto. El ataque va enderezado a que la planificación busca el mejoramiento de grandes sectores. Aspira a que haya una extensión de los beneficios colectivos y a que favorezca una intervención más racional del Estado. El hombre recibirá los más amplios beneficios —o al menos a eso se aspira— para que no se acentúe más la distancia entre los grupos que hoy lo tienen todo y los que apenas asisten al espectáculo de un crecimiento para un reducido número de personas.

La planificación está aceptada inclusive por la Iglesia Católica. Hacemos referencia a esta circunstancia porque su poder de influencia en América es muy acentuado. Tratadistas católicos, han sostenido que ella se puede producir sin afectar ninguno de los postulados esenciales de la fe. Que, por lo tanto, al levantar una resistencia contra la planificación no puede hacerse a nombre de esos principios.

La planificación que plantea la Alianza para el Progreso encaja dentro de los postulados democráticos. No es una imposición de Estados Unidos sino un propósito de nuestros países de ordenar su desarrollo. Cobijar todas las actividades en un plazo de diez años, es su primera meta. Los mismos políticos electorales van a tratar de torpedear este sistema porque les quita libertad de ofrecimiento y de halago. Pero vamos a ver, ahora sí con seguridad, cuál es la capacidad de

producción de la industria, de la agricultura, de la minería. Y examinaremos en detalle qué podremos hacer para acelerar su desarrollo.

Esta planificación debe incluir el cambio de estructuras en la tierra. Estamos frente a la oportunidad de plantear toda una política en el sector agropecuario. Con mucha habilidad, grupos enemigos de la Reforma Agraria, quieren confundir ésta con aquélla. Sería una trágica manera de no querer mejorar las condiciones de vida de los grupos rurales. Los mismos amigos de la empresa privada, no quieren que se haga nada en este medio y solo se lleven algunas ayudas, que, desde luego, van a favorecer a quienes hoy tienen el dominio total de la tierra.

Por ello la Alianza para el Progreso al programar la posibilidad de una planificación, tiene en cuenta que lo que se vaya a modificar y a realizar en el campo agropecuario, debe ser sobre la base de una reforma agraria caminando en servicio de la comunidad. El acento social de esa planificación vuelve a aparecer en todo su vigor.

### **La reforma agraria y el comunismo en América**

Hemos tenido oportunidad de ver cómo los sectores reaccionarios operan contra la reforma agraria. Los grupos de extrema derecha, —los políticos y los económicos— que coinciden muchas veces, están buscando impedir estos cambios por todos los medios. Ello produce resentimiento entre grandes sectores urbanos y rurales.

Es bueno recalcar sobre este aspecto que tiene importancia excepcional. El doctor Alberto Lleras planteaba el problema en los siguientes términos:

“Pero no solamente los grupos de izquierda extrema atacan el programa, sino que lo censuran acremente los elementos más reaccionarios de la extrema derecha. La razón es obvia. La Alianza es un compromiso de veinte naciones de la América para realizar conjuntamente un grandísimo esfuerzo de diez años destinados a cambiar la atrasada fisonomía económica y social de la mayor parte de las naciones latinoamericanas. Como ese esfuerzo requiere una acumulación de recursos y una destinación casi exclusiva a los propósitos de la Alianza —desarrollo económico y bienestar social— se hará indispensable, en muchos casos aumentar las cargas de los contribuyentes latinoamericanos para que asuman la responsabilidad de esta etapa de desarrollo acelerado. Por eso los gobiernos se comprometieron a realizar las reformas tributarias que fueran necesarias, al paso que el de los Estados Unidos se comprometió a ayudar a ese esfuerzo con una colaboración financiera y técnica importante, pero en ningún modo la única fuente de recursos financieros de la grande operación latinoamericana. De otro lado convinieron los gobiernos americanos espontáneamente dar atención especialísima a las necesidades fundamentales de su gente que por mucho tiempo han sido descuidadas y han creado, con el aumento de la población, situaciones conflictivas y amenazadoras para la estabilidad de cada país. Se trata de mejorar verticalmente la educación de los pueblos latinoamericanos en todos sus grados; de dar habitación adecuada a un inmenso número de familias que dentro de las presentes condiciones de

salario no podrían tenerla sin apoyo oficial; de distribuir adecuadamente la tierra y mejorar la productividad de la agricultura; y, de realizar campañas de salud que permitan a la población del Hemisferio emprender, en mejores condiciones, una más activa y vigorosa etapa de desarrollo. Todo ello implica transformaciones que en algunos casos afectan la estructura misma de la sociedad latinoamericana. Pero no es un error suponer o decir que la Alianza para el Progreso exige un determinado tipo de reformas institucionales como condición previa de la ayuda financiera ofrecida por los Estados Unidos. Lo que ocurre es que no puede intentarse el esfuerzo que los gobiernos mismos se han impuesto como una meta para los próximos diez años sin modificar radicalmente las condiciones que existen hoy en materia de tributos, de tenencia de la tierra, de sistemas de producción agrícola e industrial y de capacidad física e intelectual de los pueblos para iniciar la nueva etapa. Lo que se dice en la Carta de Punta del Este no es tanto un compromiso como un reconocimiento de hechos que difícilmente podrían plantearse de manera diferente.

“Pero es claro que quienes han sido beneficiarios hasta hoy de los sistemas existentes no tienen ningún interés en emprender un cambio que va a implicar, necesariamente, una mejor distribución de la riqueza y del ingreso en la sociedad latinoamericana. En nombre de la libre empresa y del sistema capitalista están reclamando el apoyo de los hombres de negocios de los Estados Unidos contra la Alianza para el Progreso. Conviene aclarar que el Sistema Capitalista de los Estados Unidos tiene muy poco que ver con el que predomina en la América Latina y que la libre empresa solo es libre y eficaz para la creación de una sociedad rica y justa cuando ésta se liberta de los peligros y despotismo de los monopolios y cuando el Estado, como ocurre en los Estados Unidos, vigila, controla y evita los abusos en la actividad privada, al contrario de lo que suele ocurrir en algunas partes de la América Latina”.

Los comunistas no han sido menos enemigos. Debemos repetir que muchos de los temas planteados en la Alianza para el Progreso, apenas eran enunciaciones demagógicas en ciertos períodos electorales. En otras ocasiones ni siquiera alcanzaban a ello. Eran materias prohibidas. Estaban excluidas del recibo de la discusión pública, a pesar de que los partidos se presentaran como de avanzada. En muchos países apenas aparecían como temas de meditación y de análisis en algunos precursores de ideas sociales. Varios líderes las presentaron como futuras metas. Pero, en la mayoría de las ocasiones, se consideraban leivas del “orden tradicional”. Así se explica la lentitud de su aplicación, la parsimonia para llevar las iniciativas a los congresos, la ninguna actividad para que esos programas se desarrollen a escala nacional. No hay convicción ideológica en muchos de quienes deben cumplir los propósitos de la Alianza para el Progreso. Muchas gentes critican que ella no ha logrado desenvolverse con mayor eficacia. Pero de donde salen las críticas olvidan que en sus países existen compromisos de efectuar unos cambios que no se han intentado. O si se han presentado las iniciativas, se ha hecho con desgano. Y si se han intentado cambios han sido parciales, tímidos. No hay una decisión profunda de que ellos o-

peren. Les acumulan a Estados Unidos todo el posible fracaso, olvidando sus propias responsabilidades.

Los comunistas tenían muchos de esos temas como de su exclusiva pertenencia política. En parte muy considerable porque los mismos gobiernos, cuando se planteaban esos cambios de estructuras, motejaban a los propugnadores como representantes directos de Lenín. El arsenal de materias explosivas que tenían los camaradas de América era muy apreciable y al volver de corriente discusión, casi que nos atrevemos a decir que de "recibo social" muchos de los temas planteados por la Alianza, los comunistas han visto desplazados muchos de sus objetivos.

La importancia de la Alianza para el Progreso es que denuncia materias que debían de producir vergüenza a los americanos que han dirigido, como líderes, sus países. Claro que podría anotarse que se han realizado progresos muy considerables en los últimos quince o veinte años en mejoramiento social. Pero aun subsisten sistemas anti-humanos por todos los conceptos. Y ello produce angustia colectiva. Y falta de decisión porque toca demasiados sectores poderosos. De allí que se apele con más frecuencia de la concebible a las dictaduras de todo estilo, especialmente de tipo militar. Estas acallan toda protesta, detienen todo furor popular.

Ahora la discusión está abierta. Los temas han dejado de ser tabúes gracias a la Alianza para el Progreso. Pero los comunistas combaten con furor. Contra los Estados Unidos existían resentimientos en casi todos los pueblos americanos por intervenciones de fuerza contra sus territorios; porque dejaron confundir su política con los intereses de algunas compañías que no han dado buen ejemplo ni han facilitado un grato recuerdo; porque dieron estímulo a algunos tipos de dictaduras que produjeron mucha angustia social. El sentimiento anti-imperialista era fácil levantarlo. A esto han apelado los comunistas. Y han tenido eco porque se removía un viejo sentimiento, aplacado o silenciado transitoriamente.

En algunos países esa posición era de lucha económica, de influencia de otros continentes. Y se unían a esa lucha franca contra los Estados Unidos. Que luego han desviado contra la Alianza para el Progreso. Como ésta les ha hecho perder banderas, era fácil enderezar aquel viejo resentimiento contra el nuevo sistema que se presentaba.

Además, como la Alianza ha caminado con lentitud en muchos aspectos, y no ha logrado los cambios que predicaba por indecisión de varios gobiernos, nada más fácil para el comunismo que destacar una feroz campaña contra los Estados Unidos.

Es sencillo confundir los intereses privados, los de las empresas grandes y de los que solicitan limitaciones en la ayuda de los Estados Unidos, con la política de su gobierno. Esto no logran observarlo con claridad sino las gentes que están vigilando cada proceso político. La generalidad de las gentes no sabe si es posible acumularle esos desvíos al presidente Kennedy, es decir al propio gobierno, o a los enemigos de él, en el parlamento, o a los grupos de presión que luchan porque no se sacrifiquen sus intereses en un desarrollo latinoamericano que podría restarles mercados. Así todo es favorable para el comunis-



mo. Ellos levantan esa bandera con audiencia en grupos agitados de América Latina que ya desesperan de que se cumplan los programas dentro de términos democráticos.

Como el problema de la tierra entra en los programas para la Alianza para el Progreso, nosotros ya hemos anotado todas las dificultades para que se cumpla sin mayores tropiezos. Al contrario todos los días aparecen nuevos medios de torpedear las Reformas Agrarias. De desviarlas de sus objetivos. Y como el sector rural es el más pobre, el menos protegido, el que tiene más reducidos medios de defensa cultural, los comunistas están aprovechando ese ingrediente resaltando el fracaso, el engaño y la farsa de la Reforma Agraria. Es un material inflamable y muy expedito dentro de su táctica. Además, la revolución cubana, ha despertado inquietud. Allí se está preparando personal que viene a crear medios de lucha rural y a intensificar un descontento que se había mantenido oculto por mucho tiempo. La lucha se advierte en dos frentes: en las ciudades mediante la creación de confusión política y en los campos mediante organizaciones campesinas de invasión de tierras, de guerrillas, etc.

### **América Latina y la guerra fría**

Todo esto encaja en los programas de agitación del comunismo. Pero con evidente fuerza dentro de los propósitos de la guerra fría. El doctor Lleras, ya citado, ha expuesto con toda luminosidad este punto. No es algo inesperado. Cuba ha creado un foco de agitación, de sorpresa, de desasosiego, trasladando para este continente el juego de la guerra fría. Por fortuna el presidente Kennedy lo entendió muy bien. Desgraciadamente algunos de sus colaboradores y la masa de su país, no han tenido mucha claridad sobre este punto y, por lo tanto, lo descuidan en ocasiones. En otras, como lo anotaba el mismo Lleras, se le da un trato discriminatorio a nuestros países y a nuestros productos. El relieves la catástrofe que han constituido los precios del café para Latinoamérica. Todos los grupos comprometidos en evitar un progreso de la guerra fría en nuestro continente, no entienden a cabalidad que descuidar nuestro medio, que dejarlo sin mejora social, que evitar que las empresas privadas sufragan parte del bienestar colectivo, es una defensa de sus propios intereses. Tampoco los comprenden, con exactitud, los miembros del capitalismo de Estados Unidos que torpedean esta política de la Alianza para el Progreso.

Ella alcanza un éxito inmediato en detener la desesperanza que pueden acelerar con sus prédicas los comunistas. Busca interesar a todos los grupos sociales poderosos de Estados Unidos y de América Latina, para que no inutilicen un propósito americano, de esencial importancia para todos los grupos. En especial para aquellos que han soporado males condiciones de vida y que, por lo tanto, pueden ser fácilmente conquistables por la prédica de una política que encaja dentro de ese propósito general de la guerra fría.